

De la universidad a la realidad

Henry Alejandro Espitia-Cáceres¹

La teoría se complementa en la práctica, esta es una verdad sustentada en la vivencia que constantemente se escucha y hasta en ocasiones algunos parecen repetirla, pero es una realidad que no se comprende hasta cuando se vive. En la universidad se reciben diferentes conceptos, información aparentemente muy relevante, conocimientos que se busca complementar en una práctica que se asemeja a la realidad, pero de la universidad a la realidad hay un largo recorrido.

El distanciamiento mencionado contiene baches, aciertos y desaciertos, en donde se confirman o refutan constantemente teorías con experiencias, por cuanto las vivencias, que son individuales, llevan a conclusiones que parecen diferir unas (prácticas) de otras (teorías), y en ocasiones crean lejanías, algunas extensas, entre lo teórico y lo práctico. Podría decirse que esta es una constante esencialmente debido a la falta de coherencia entre lo teórico y lo práctico, o bien, por pretender separar una de la otra, como afirmó Álvarez:

La falta de coherencia ha sido la tónica en las elaboraciones de los principales teóricos. Incluso hoy día, algo de esto está sucediendo: los investigadores y académicos, refugiados en nuestros despachos

¹ Estudiante de la Licenciatura en Educación Especial, UPN.
LEE_hespitiac449@pedagogica.edu.co

en las universidades, producimos cantidad de ideas, publicamos, decimos cómo debe ser la educación, pero ¿formamos a nuestro alumnado siguiendo las pautas de aquello que les tratamos de enseñar? O por el contrario, ¿manifestamos altas dosis de incoherencia? Muchos de nuestros alumnos se inclinarían por esta segunda opción sin darle muchas vueltas al asunto. (2012, p. 386)

La universidad busca abrir la mente a posibilidades educativas que antes no se comprendían muy bien, lo cual sirve de estímulo para promover una transformación educativa, por consiguiente enseña el valor del educador en su sociedad. No obstante, cuando este egresa de la universidad y deja los discursos románticos para llegar al contexto real a trabajar como educador, vive y sufre un gran impacto, o en términos coloquiales, un “choque”, en donde enfrenta dificultades en su realidad para las que no fue preparado, como la de un sistema educativo estático que no tiene intención alguna de cambiar. Entonces comienza a comprender que al sistema, y a la sociedad, no les interesa el valor del educador, como tampoco la educación, sino que tal vez prefieren la mediocridad, es decir, hacer justamente lo necesario para mantener aquel sistema estático.

La mediocridad en la educación busca la permanencia, no le interesa la transformación, prefiere conformarse con los estándares, aunque sus resultados no sean satisfactorios, y parece que este es un pilar fundamental del sistema y de la realidad, por lo que sugerir ideales y cambios desde el mundo teórico que ignoran las realidades es incoherente. Por otra parte, es menester reconocer que salir de la mediocridad es, en principio, una lucha individual, a veces colectiva, que requiere de cambios y del abandono de ideas que se repiten, pues como dice Oliart, la mediocridad funciona en “la repetición de algunas ideas, pero simplificando su contenido, reduciéndolo a gestos y nuevas rutinas, y derrotando estratégicamente a las ideas innovadoras” (2011, p. 316).

La teoría y la práctica se distancian por la mediocridad, porque hacer teoría es más fácil que llevarla a la práctica. En otras palabras, para que la teoría armonice con la práctica en el pleno desarrollo de la formación integral humana es necesario que la práctica abandone latentes teorías contemporáneas que no quieren ser dejadas porque han sido cimentadas en la ausencia del esfuerzo, la crítica, la investigación, el carácter y el criterio propio; este abandono es necesario para sumergirse en aquellas que con mayor certeza promuevan el desarrollo integral individual y colectivo en la sociedad.

Lo anterior requiere de una lucha estratégica mediada por el orden y la constancia, que busque promover aquello que se quiere construir. Y aquí traigo el caso de la educación inclusiva; lucha que en la actualidad es una de las principales por parte de educadores especiales y que se enmarca en la dignificación de las personas con discapacidad. En esta lucha, la realidad del profesional se encuentra con una sociedad que lamentablemente aún no comprende el valor de la inclusión, sino que prefiere seguir ignorando a la población con discapacidad, porque su corazón y razón siguen envueltos y condicionados por unas relaciones rígidas de poder que rechazan las diferencias en formas de relacionarse, de aprender y de ser.

El tránsito de la universidad a la realidad sería menos traumático si desde la primera se diera el ejemplo en la práctica de lo que teóricamente se enseña, porque al retomar la supuesta causa del educador especial, se habla de inclusión dentro de la universidad y hasta con profundidad se estudia abundante literatura relacionada hasta convencer al educando de que es valioso fomentarla dentro de la sociedad; pero en la práctica, aún se vive en una universidad excluyente. Por lo anterior, para conectar teoría y práctica se hace necesario educar en ambas, como si fueran una misma, con

un propósito significativo. Las realidades, por su naturaleza diferente y retadora, invitan a luchas que pueden llevar a resultados interesantes tanto a nivel individual como colectivo.

Oliart, P. (2011). Mediocridad y corrupción: Los enemigos de la educación pública. En *Perú ante los desafíos del siglo xxi* (pp. 295-326). Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Referencias

Álvarez, C. Á. (2012). La relación teoría-práctica en los procesos de enseñanza-aprendizaje. *Educatio Siglo xxi*, 30(2), 383-402.